

Clara Voghan

Volver a Empezar

Pequeños Pecados, II

edición digital



© Clara Voghan, 2007

Todos los derechos reservados.

Exp. 551460

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO I

—Por aquí, señora...

¡¿Señora?!!!!

Carolina se observó en la pared espejada que tenía delante. Sí, su aspecto era de señora... ¡Si hasta canas tenía!, (una, descubierta aquella mañana, en medio de su largo y ondeado cabello negro). Los eternos tres kilos de más, ubicados en su cadera inmensa, tampoco ayudaban. ¿Y cómo negar que últimamente debía acomodar los pechos en el sostén para que no quedaran mirando al sur?...

—Siéntese, por favor, señora.

—Gracias —respondió la joven, en medio de un involuntario suspiro.

Volvió a mirarse en aquella maldita pared, y se sintió un poco más miserable, si eso era posible. ¿Cuánto hacía que no se compraba ropa?... ¡Vamos!, ¿para qué hilar tan fino?: ¿cuánto hacía que no se peinaba mirándose en un espejo?...

—He venido aquí... —comenzó a decir como forma de distraerse de su propia imagen, que tanto la avergonzaba.

Pero aquel caballero la interrumpió de forma poco caballeresca.

—Primero necesito sus datos. ¿Nombre?

—Carolina Castro.

—¿Edad?

—Treinta y dos.

El tipo la miró con desconfianza, y la pobre muchacha se ruborizó.

—Puedo mostrarle el documento.

—No es necesario. ¿Estado civil?

¿Cuál era su estado civil?... ¿Casada?... ¿Viuda?...

—Soltera —dijo Carolina, mientras clavaba sus grandes ojos negros en los de aquel verdugo, dispuesto a ejecutarla ante el menor error.

El empleado la observó con suspicacia, (¿o fue idea suya?).

—¿Estudios?

—Soy licenciada en ciencias de la educación, y en...

—Me refiero a si tiene estudios secundarios completos.

—Universitarios completos.

—¿Ciencias de la educación es una carrera universitaria?
—preguntó el fulano, sin ocultar su desdén.

—Sí —respondió su víctima, que en aquel momento dudaba hasta de saber leer y escribir.

—¿Ocupación?

—Docente en educación inicial.

Aquel hombre estúpido la miró sin entender, así que Carolina se vio en la obligación de explicarle.

—Doy clases en un jardín de niños.

—¡Ah! ¡Maestra jardinera!... Hubiera empezado por ahí.

Sí... Tenía razón. No era más que una maestra jardinera. Como todas las demás muchachas que trabajaban junto a ella, y que habían estudiado sólo tres años, a diferencia de los seis que le había demandado su título universitario. A la hora de recibir su cheque, no había diferencia entre ella y las demás. Atrás quedaban su medalla de oro y su tesis premiada por la UNESCO.

—¿Número de la tarjeta de crédito por la cual está efectuando el trámite?

Carolina suspiró. Ya lo había dicho al pedir la cita con el oficial de cuenta; y al entrar al banco; y al ingresar a la oficina; y al presentarse en el mostrador; y al...

Pacientemente recitó los diecinueve números que resumían parte de su existencia, y muchas de sus desdichas.

—Usted dirá, señora.

—Hace dos meses murió mi marido...

—¿Cómo? ¿No me dijo que era soltera?

—Sí... Bueno. Tommy era... mi pareja.

—Ah, su concubino.

—Sí, mi concubino —respondió la joven agachando la cabeza, como si su situación afectiva la pusiera en falta frente a aquel idiota—. Su muerte fue totalmente inesperada. Salió a guardar su moto, y...

Por un momento la mente de Carolina revivió aquella noche fatídica. Tommy poniéndose el casco, con esa expresión feliz que tenía cuando iba a reunirse con la otra... ¡Y es que aquella maldita máquina era casi como una amante para él! Pasaba horas junto a ella, y gastaba hasta el último centavo que no tenían en "ponerla a punto". Era su vicio. Un vicio, que como todas las demás extravagancias de su novio, Carolina aceptaba sin cuestionar.

—¡No entiendo qué tiene que ver la muerte de su concubino con la tarjeta! —se impacientó aquel oscuro verdugo, obligándola a volver a la realidad.

—Es que... Dos meses antes mi novio había insistido para que compráramos un televisor de cristal líquido. Era fanático del fútbol, y...

—¿De River?

—No, de Boca.

El tipo la miró con odio. “No debiera haber hablado”, se reprochó la joven. Y es que en materia de fútbol los hombres eran...

Y es que los hombres eran...

—La cuestión es que compré el televisor en diez cuotas. Pero a la segunda, Tommy murió, y tuve que hacerme cargo yo sola de los gastos del entierro. Su familia... Él no se llevaba muy bien con su familia...

—Al grano, señora. Mi tiempo es poco.

—No puedo pagar la tarjeta. He intentado devolver el televisor, pero no lo aceptan. Y si lo vendo, no me dan ni el equivalente de media cuota...

—¿Y qué tiene que ver el banco con eso?

—Necesito una refinanciación. Durante doce años como cliente, jamás me he atrasado en...

—Pague el mínimo.

—Los intereses son terribles... Y mi sueldo es fijo.

—Mire, señora... —comenzó a decir aquel tipo funesto, observándola como si se tratara del dueño del banco, a quien se había tenido la osadía de molestar por una minucia.

Pero todavía no había acabado la frase, cuando de inmediato su rostro cambió de serio y nervioso, a servil y sonriente.

Carolina giró la cabeza por sobre su propio hombro, para ver la causa de tal milagro. Pero al hacerlo, ella misma se tambaleó. Por la puerta estaba entrando el hombre más

buen mozo que había visto en su vida, (si es que aquello era un simple hombre, y no un ángel). Hipnotizada, se dio vuelta por completo, para observar su paso imponente. No. No era sólo su traje perfecto, hecho seguramente a la medida de sus músculos bien torneados, firmes, pero no voluminosos. Tampoco eran sus zapatos relucientes, que competían en brillo con el reloj que llevaba en la muñeca. No. No era su apariencia próspera lo que causaba impresión. Era, en cambio, su rostro varonil y suave a la vez. Sus rasgos de contorno perfecto y redondeado, inscriptos en una cara de corte cuadrado y masculino. Su cabello castaño, con unas ondas juguetonas, que caían sobre su frente casi como al pasar, con el descuido propio de un hombre bien plantado, con cosas más importantes de las que ocuparse.

Y sus ojos...

—Doctor Nicolás Expósito... —exclamó aquel tipo ruin, con una sonrisa que mostraba ahora con el mismo empeño con el que la había ocultado minutos antes—. Un gusto verlo por aquí...

—Ningún gusto —replicó el otro, con enojo.

De nuevo Carolina desvió su mirada hacia la pared espejada. Ver a aquel hombre increíble parado a su lado, la hacía sentir aún más insignificante. Debía medir bastante más del metro ochenta, y se veía... Muy distinto a como se veía ella.

—Doctor Expósito... —comenzó a disculparse el empleado, pero aquel hombre fuerte no lo dejó concluir.

—Ningún doctor Expósito. Ya se lo he advertido dos veces. No pienso abonar mi resumen hasta tanto no...

—No tiene necesidad de abonarlo, doctor. No hay apuro para eso. Yo mismo voy a comunicarme con...

Carolina miró a aquel tipo desagradable con incredulidad. De repente ya no había apuros ni plazos. Al parecer el dinero del "doctor Expósito" no tenía que pagar intereses. En cambio el suyo...

—Estoy harto de excusas —se impacientó el recién llegado—. Quiero cerrar la tarjeta ya mismo, y cancelar mi operatoria con el banco... —insistió aquel buen mozo, que ni mirando con furia podía borrar de sus ojos esa dulzura que comenzaba a arrebatarse el pulso de la muchacha. Unos hermosos ojos castaños, almendrados. Perfectos en cuanto a belleza, pero muy tristes.

—Doctor, usted no entiende... He revisado personalmente el estado de su cuenta. Esta vez no es culpa del banco... Aquí lo tengo...

El empleado le alargó unos papeles, que aquel hombre increíble tomó con sus manos cuidadas. Unas manos que difícilmente hubieran conocido la grasa de una moto.

—¡No lo puedo creer! —se quejó, contrariado, al verlos. Y sus dulces ojos castaños se volvieron un poco más tristes.

Carolina era demasiado sensible a la mirada de la gente. Y conmoverse con el dolor de los demás era inevitable para ella. De haberse tratado de uno de los padres de sus alumnos, y no de ese magnífico desconocido, de seguro hubiera intentado consolarlo de inmediato, pero, en cambio, se limitó a agachar la cabeza, turbada.

—Por supuesto, si usted rechaza ese gasto... —sugirió el empleado.

—No. Si es así, lo asumo... —respondió el otro con hidalguía.

—De todas formas, yo ya estoy hablando con la gente de la tarjeta... Tómese su tiempo para abonar el resumen...

—Sabe que ese no es el problema...

—Tampoco para nosotros lo es. Sólo nos interesa que nuestros clientes estén conformes...

—Claro... —dijo aquel hombre grande mientras se retiraba, empequeñecido, agobiado por la preocupación.

Por supuesto, tan importante visita no había reparado en Carolina, (y es que desde que había cumplido treinta, la pobre muchacha se había vuelto invisible), así que el doctor Expósito se retiró como había llegado: sin saludar. Y bastó que su figura imponente desapareciera, para que, como por arte de magia, el empleado servil que la muchacha tenía enfrente, se convirtiera de nuevo en un verdugo cruel.

—Volviendo a lo nuestro... Como le dije, señora, sólo nos interesa que nuestros clientes paguen. Para eso existe el pago mínimo y...

—¿Y eso de qué los clientes estén conformes?

El hombre la miró con sorna, y Carolina no se atrevió a preguntar más.

Después de todo, ¿quién era ella?

* * *

—¿No es una preciosura?

Agustina miró el bebé, y no pudo evitar girar con horror la cabeza hacia un costado. ¡Qué feo! El chico había salido al padre.

—Es una monada —acotó Lucía, otra de las visitantes al sanatorio, mientras miraba a su amiga con picardía— Y con el tiempo ya vas a ver como se pone lindo, y todo.

La madre del recién nacido la observó enfurecida. Pero supo contenerse. Y trocando de inmediato su cara de enojo, por una de lástima, replicó en tono hiriente.

—Lo sabrás tú mejor que yo. De seguro todavía no pierdes las esperanzas con tus propios hijos.

—¿Qué me has querido decir? —preguntó la otra, ofendida.

—¡Chicas, chicas!... No es momento de pelearse —terció Agustina.

Odiaba aquellas reuniones de "amigas".

—¿Has podido conseguir algún lugar para que lo cuiden? —se interesó Lucía, demostrando con su inquietud que ya había perdonado.

—Sí. La mejor guardería. Pero sólo lo toman a partir de los cuarenta y cinco días de vida... ¿No es una estupidez?

—¿Cómo? —se extrañó Agustina—, ¿lo vas a mandar a una guardería? ¿Piensas seguir trabajando?

—¡Ni loca!... ¿Para qué me he casado con un hombre de dinero?... Si vuelvo a trabajar será bajo "mis" condiciones, y no como una simple secretaria.

—¡Bien dicho! —aprobó Lucía.

—¿Y entonces?.... ¿Por qué la guardería? ¿Para qué separarte de tu hijo, más de ocho horas diarias? —insistió la muchacha, sin entender.

—No pienso convertirme en una de esas madres sobre protectoras. Quiero que mi bebé sea independiente. Y además... necesito mi tiempo libre. Ni bien el médico lo autorice, pienso ir al gimnasio.

—¡Y lo bien que te va a venir! —exclamó Lucía. Pero la mirada gélida que le lanzó la nueva madre la convenció de inmediato de abstenerse de todo otro comentario, (y eso

que el culo de su amiga, luego de los trece kilos del embarazo, bien merecía un capítulo aparte).

Por un momento reinó una calma tensa entre las tres mujeres, ya que incluso para aquellas damas esbeltas, el asunto del peso no era algo que se tomara a la ligera.

Fue Lucía, una vez más, la encargada de desviar el tema de la conversación, dirigiendo sus cañones hacia otro blanco.

—¿Y, Agustina? ¿Cómo está nuestro querido Nicolás Expósito?

—Como siempre.

—¿Todavía sigues con él? —se sorprendió la nueva madre, mientras llamaba para que alguien viniera a retirar a la "criatura" (que, como si pudiera adivinar lo que le esperaba, no había dejado de llorar).

—¿Cuántos años hace que están juntos?

—Cinco.

—¡Cinco!.... Olvídate. No lo pescas más... Cuando ya se acostumbran a tenerte por amante, ni piensan en casamiento... —aportó Lucía su cuota de optimismo.

—¿Y qué quieres que haga?... ¿Qué le ponga un revólver en la cabeza?... Dos años atrás le propuse dejar de vernos...

—¿Y por qué volviste junto a él?

—¿Por qué volví?... ¿Te burlas?... Se lo dije sólo para presionarlo, pero él, en cambio, aceptó encantado. ¡No te imaginas el trabajo que me costó meterme de nuevo en su vida! Tuve que aprovechar la muerte del padre, que lo puso sensible y vulnerable, para...

—¡Ah!.... Lo del padre. ¿Heredó todo de Uriburu, no?

—Sí... Lo único que no quiso de él fue el apellido. Nicolás es muy orgulloso.

—Orgulloso o no, Expósito o Uriburu, tu Nicolás es ahora un hombre muy rico. Y tú una mujer muy estúpida si no lo atrapas cuanto antes.

—¿Cómo puedo hacer?

—¿Sigues siendo su amante?

—Cada tanto me llama.

—Entonces deberás aprovechar cada una de esas ocasiones para tirar el anzuelo... ¿O crees que este "pececito" llegó a mi vientre por casualidad? —dijo la madre devota, levantando a su primogénito para entregárselo a la enfermera que acababa de entrar al cuarto.

—¿Quedar embarazada?... ¡Imposible! Es Nicolás el que se cuida. Es obsesivo con eso. Como él mismo fue un hijo ilegítimo, no quiere repetir la historia...

—¡Un padre responsable!... ¡Qué más puedes pedir!... Mira, no nos engañemos: cuanto más poderoso es un fulano, más frágil es en la intimidad. Hombres como los

nuestros pasan catorce horas al día enfrascados en el trabajo. Y durante todas esas horas, somos nosotras, sus secretarias, las únicas que estamos junto a ellos para contenerlos, ayudarlos..., ¡y calentarlos!... ¡Aprovéchalo!. Haz como yo... En épocas como estas, una buena pensión alimenticia está a sólo "un examen de ADN" de distancia.

—¿Tú crees?

—¡Lo sé!... ¿Cuántos años tienes, Agustina? ¿Veintisiete?... Tu tiempo se agota. Luego de pasar la barrera de la tercera década, literalmente dejas de existir para los tipos solteros que buscan una relación seria.

—Es cierto —apoyó Lucía, siempre dispuesta a patear al caído. —¿Cuántas mujeres conoces que se casan por primera vez luego de los treinta?

—Y no sólo eso... ¿Qué edad tiene él?

—Acaba de cumplirlos.

—¡No te digo!... ¡El tuyo es un caso desesperado! A esa edad los tipos comienzan a cobrar conciencia. Sus amigos se casan...

—Y tienen hijos...

Agustina empalideció.

—Su amiga Victoria tiene un hijo de nueve meses —reflexionó la muchacha, sin ocultar su preocupación—. Nicolás es el padrino.

—¡No te digo!... El fulano ya está maduro. Está en ti hacerlo caer del árbol...

—Sí, tienes que hacerlo caer —se regodeó Lucía.

Agustina suspiró. ¿Sería ella capaz de atrapar a Nicolás?... A esas alturas ya se sentía desesperada.

Y una mujer desesperada es capaz de cualquier cosa.

* * *

—Cámbiale el pañal.

—Pero... Ya son casi las siete de la tarde, y se suponía que debías retirarlo a las seis...

—Es tu problema. La verdad es que es tu obligación entregármelo con el pañal cambiado —se ofendió la mamá de Juanse.

Carolina resopló en su interior, pero como era una mujer desesperada, y necesitaba el dinero que le pagaban por ese segundo empleo en la guardería, no le quedaba otra cosa más que obedecer. A pesar de que aborrecía a la mamá de Juanse. A pesar de que odiaba cuando al recibir al pobre niño por la mañana, (doce horas después), todavía tenía el mismo pañal que ella le había puesto el día anterior, (lo sabía con seguridad porque la obligaban a escribir el nombre en cada uno de ellos)

Ni bien aquella abominable mujer le sacó las garras de encima a su hijo, (literalmente garras, ya que lucía con orgullo unas uñas acrílicas que hubieran asustado a más de uno), el pobre Juanse se abalanzó sobre su "seño". Carolina lo tomó con afecto, y le devolvió aquella sonrisa hermosa que le había servido para conquistar a más de un hombre cuando todavía era joven, (es decir, cuando aún no tenía treinta).

—Mientras lo cambias, aprovecho para decirte que voy a dejarlo durante el verano —graznó aquella horrible "dama".

Carolina la miró sin comprender. "¿Dejarlo?"... ¿A qué se refería?

—Pienso dejar a Juanse aquí. Mi madre va a traerlo, mientras yo me voy de vacaciones con mi nueva pareja...

—¿No vas a llevarlo contigo? —preguntó la pobre muchacha, incrédula.

—¡No!... Necesito esas vacaciones... Necesito estar tranquila... Y además, Juanse te adora... Él todavía es muy pequeño como para poder disfrutar de un viaje...

—Pero tienes que entender... Apenas tiene dos años. Necesita de su mamá. Tú trabajas ocho horas todos los días, pero él pasa mas de doce aquí. También necesita vacaciones...

Unos pasos más allá, la directora de la guardería escuchaba a Carolina espantada.

—¡Justamente!... —se apuró a decir, metiéndose en la conversación a la distancia—. Aquí se las daremos. Para eso vamos a inaugurar la piscina.

—¡Una pileta de lona! —refunfuñó Carolina.

—Una piscina pequeña, para niños pequeños —la reconvino su empleadora. Y luego se dirigió a su cliente— No te hagas problema. Disfruta de tu viaje. No hay nada mejor para una pareja que vacacionar sin la molestia de los niños... Nosotros cuidaremos de tu bebé...

—Gracias —se alegró la dama, que ya había soportado el máximo de culpa que estaba dispuesta a tolerar por aquel día.

Y mirando a la maestra de su hijo con rencor, se apuró a tomar al niño ya cambiado, y a salir de allí cuanto antes.

—¿Qué intentas hacer?— le reprochó la directora a Carolina, una vez que se quedaron a solas.

—Sabes a la perfección que un niño de esa edad necesita...

—¡Me importa un cuerno lo que un niño de esa edad necesite!... Lo importante es lo que necesito yo. Y yo necesito de madres que me paguen durante el verano, para que a la vez pueda pagarte el sueldo a ti. No me importan tus opiniones... Y mucho menos tu título. Si quieres irte, la puerta está abierta...

Sí... Carolina quería irse. Pero era una mujer desesperada.

Y una mujer desesperada es capaz de cualquier cosa.

* * *

—Te lo dije, y vuelvo a repetírtelo. La culpa es tuya, Nicolás.

Nicolás Expósito miró a su amiga Victoria con algo de desesperación. Era cierto. Se lo había advertido un par de años atrás. Tarde o temprano Agustina iba a terminar tomándose las atribuciones propias de una novia, (o, lo que era peor, de una esposa). Y es que, al parecer, las mujeres no entendían, (o no querían entender), aquello del sexo sin compromisos. Su secretaria había sido siempre una amante a su medida, pero nada más. Joven, hermosa, tenía por principal virtud estar allí cuando él la necesitaba, sin exigir nada a cambio. De esa forma su relación valía la pena. Pero si ella comenzaba a tener pretensiones...

—Agustina sabe que lo nuestro es sólo sexo —se excusó aquel niño grande.

Victoria lo observó hacer ese gesto que le era tan propio. Esa forma que tenía de agachar la cabeza como si se sintiera culpable, y que bastaba para enternecerla de inmediato. Pero no esta vez. Porque ahora, de verdad, Nicolás había cometido el peor de los delitos: se había

aprovechado de los sentimientos de una mujer que lo amaba.

—No busques razones para algo que no la tiene. La has usado durante todos estos años, y ahora te asustas porque Agustina se ha tomado la libertad de usar tu tarjeta de crédito. Te apropiaste de su cuerpo, su tiempo, sus sentimientos...

—Creo, modestamente, que el beneficio ha sido mutuo... Aunque con ustedes las mujeres, nunca se sabe.

—Los hombres no saben aquello de lo que no quieren enterarse —replicó su amiga con enojo—. Samuel se daría cuenta de inmediato si yo intentara fingir.

—Tú y tu Samuel —se enfureció Nicolás—. ¡El hombre perfecto!... ¿Sabes? Nos es muy difícil al resto de los varones, competir con las grandes virtudes de tu marido.

—Yo no digo que Samuel sea perfecto. Pero es evidente que al menos pone mucho empeño en no lastimarme. Yo hago lo mismo por él, así que no es extraño que lo nuestro resulte... En cambio tú...

—Lo mío es distinto.

—¿Por qué?

Nicolás miró a Victoria y calló. ¿Qué podía decirle? "Porque las demás no son como tú. Porque no encuentro otra mujer que valga la pena, como tú lo vales. Porque me arrepiento todos los días por no haber insistido con aquel

beso. Porque tengo envidia de Cohen cada vez que siento lo que hay entre ustedes dos".

—¿Has visto? —le dijo su amiga, con tono triunfal—. No sabes que responderme... Te has portado muy mal con Agustina.

El imputado no tuvo oportunidad para defenderse de tan grave acusación. La voz profunda y varonil de Samuel resonaba ahora en la oficina.

—¿Ya te está retando? —se burló de Nicolás, al ver su cara compungida.

Era curioso observar a aquel hombre serio, con casi su metro noventa, su barba tupida, y su pelo cobrizo, acarreando con pericia un bebé pequeño, pelirrojo como él, pero que había heredado la sonrisa pícara y juguetona de su madre.

—Tu esposa tiene una extraña conciencia de "gremio" con las demás mujeres —protestó Nicolás—. Cree que basta con vestir falda para ser una víctima inocente, incapaz de toda malicia.

—Eso no es cierto —protestó Victoria—. No estoy defendiendo a Agustina. Pero debes acordar conmigo que la muchacha se ha portado durante todos estos años como una verdadera tonta, y ahora lo está pagando muy caro.

—¡Yo lo estoy pagando caro! —se defendió Nicolás—. Es ella la que ha gastado más de diez mil pesos en tarjeta de crédito, a mi cargo.

—¡Guau! —se burló Samuel, mientras jugueteaba con su hijo. —Al menos ha tenido la decencia de esperar a que heredaras de tu padre.

—No es por el dinero. Es por el abuso de confianza...

—¡A eso voy! —dijo Victoria, mientras señalaba a Nicolás con su dedo— Tú también abusaste de su confianza durante todos estos años... No tienes derecho a quejarte ahora que lo hace ella...

Nicolás miró a su alrededor en busca de auxilio. Con la presencia de Samuel y el pequeño Gaby, los hombres eran mayoría en la oficina, y no había motivo para escuchar tamaña acusación, sin protestar.

—Dime, Cohen... —le preguntó a su compañero de desgracias, en busca de solidaridad—. ¿Nunca has tenido una amante, sin más intención de que fuera sólo tu amante?

—Has elegido un mal ejemplo. Dos veces me he declarado a una mujer. La primera, cuando tenía veinte años, porque creía estar enamorado. La segunda, porque sabía que lo estaba, y sentía miedo. Y, a pesar de que Amanda no ignoraba que lo nuestro era sólo sexo, y que yo estaba enamorado de Victoria, después de tantos años de ser amantes creí que lo más justo para ella era que nos casáramos.

Victoria observó a su marido de aquella forma intensa en que ambos esposos solían hacerlo, y Nicolás se dejó embargar por aquella pasión ajena.

—Ahora que los dices —replicó ella con picardía—. Nunca me pediste matrimonio. Fui yo la que te obligué a que nos casáramos.

Y bastaron aquellas palabras para que Samuel dejara al niño, y tomara a su mujer por la cintura, cubriéndola con aquella sensualidad contenida que, a que negarlo, ponía entre melancólico y furioso al pobre Nicolás.

Sí. Quizás si se tratara de Victoria...

Pero Agustina...

* * *

—¡Señorita!

El hombre golpeó con fuerza el vidrio de la cabina desde donde Caro estaba hablando por teléfono.

—... ya es hora de cerrar —añadió de mal modo.

La muchacha miró su reloj. ¡Las nueve! Habían transcurrido más de quince horas desde que saliera de su casa esa mañana. Quince horas en las que se había angustiado, llorado y deprimido por dentro, mientras que por fuera sonreía y cantaba la eterna canción del *"elefante Trompita, que mueve las orejas llamando a su mamita"*. Feliz el elefante, que no necesitaba de líneas telefónicas cortadas por falta de pago, para lograr comunicarse con los que podían ayudarlo.

—¿Mónica?

Del otro lado del tubo se escuchó una voz trasnochada.

—¿Quién es?

—Tu única hermana, idiota. ¿Ya me has olvidado? Soy Carolina.

—Lláname mañana, cariño. Hoy he tenido un día fatal en la inmobiliaria, y además —agregó en tono apenas audible—... Honorio se acaba de acostar.

—¿Tu marido ha conseguido trabajo?

—No. Pero le gusta acostarse temprano.

La pobre muchacha suspiró. De seguro también a su hermana le hubiera gustado acostarse temprano, luego de una extenuante jornada laboral, pero, a diferencia de Honorio, ella todavía estaba levantada para terminar con la cocina, los platos y la ropa. Tareas de mujeres. De mujeres que, además, debían realizar las tareas de los hombres... Pero, ¿de qué podía acusarla ella, que había hecho exactamente lo mismo por Tommy, durante sus tres años de convivencia?...

¿Sería la estupidez una cosa de familia?

Carolina miró al fulano del locutorio, que le mostraba su reloj con impaciencia, y se desesperó.

—Necesito que me prestes dinero para pagar la tarjeta que vence mañana.

—¡Imposible! No tengo efectivo... Y, por cierto, ¿qué has hecho con los treinta mil dólares que te di, a cuenta de la herencia de mamá?

—Los usé para pagar las cuotas atrasadas del departamento, cuando Tommy perdió su trabajo. De no haberlo hecho, nos lo hubieran sacado a remate.

—Una "joyita" tu Tommy. Siempre tuviste buen ojo para los hombres —le reprochó su hermana mayor.

—Mira quien habla.

—Al menos Honorio es mi marido...

¡Otra vez!, pensó Caro, molesta. Pero no le contestó. Estaba demasiado desesperada. Y como ya eran las nueve y diez, se limitó a implorar.

—Escucha, Mónica, necesito el dinero. Cuando me diste los treinta mil, me dijiste que era a cuenta. Que mamá tenía otros depósitos bancarios que...

—Me equivoqué. No quedó nada más.

—Entonces dame algo como adelanto por la parte que me toca de la casa.

—Ya te he dicho que no voy a venderla. Es la casa en que crecimos, y está llena de recuerdos para mí... Claro que, evidentemente, a ti la memoria de nuestra madre no te interesa.

—Oye, si vas a apropiarte de la casa y los muebles, aunque sea dame algo en concepto de...

—¿¿Qué?! —la interrumpió la otra, ofendida— ¿Acaso me vas a cobrar renta?

Antes de que las cosas llegaran más lejos, Carolina decidió cortar la comunicación. No era buena para las confrontaciones, odiaba las peleas, y si bien era perfectamente capaz de darse cuenta cuando alguien se estaba aprovechando, difícilmente encontraba el valor para defenderse. Mal que le pesara, Mónica era su único pariente vivo, (además de aquel padre que las había abandonado hacía más de treinta años, y que lo único que les había dejado por herencia era esa oscura inseguridad que las obligaba a hacer cualquier cosa por retener al hombre que tenían al lado).

Sabía que su hermana había instalado su coqueta inmobiliaria en el barrio de Recoleta gracias a la ayuda financiera materna. Sabía que su herencia debía incluir alguna otra cuenta bancaria en algún sitio. Sabía que la casa donde había crecido era todo un lujo para un matrimonio solo. Y sabía que a Mónica le importaban muy poco los recuerdos, y demasiado las apariencias. Pero...

El hombre volvió a golpear el vidrio, y Carolina se resignó. Lo único que quería hacer ahora era llegar a su casa y acostarse a dormir, rogando porque el próximo día no fuera tan terrible como ese. Y es que últimamente tenía la sensación de que sus días eran cada vez más y más

largos. Y de que su vida se volvía cada vez más y más corta.

* * *

Nicolás miró su reloj. Todavía era temprano. Agustina le había advertido que no iba a llegar hasta las diez de la noche, pero él había querido tomar unas copas antes de encontrarse con ella, para poder serenarse y pensar. ¿Cómo cortar con Agustina? Desde la muerte de su padre, no sólo se había convertido en su secretaria privada, sino también en su mano derecha. Una mano derecha que le permitía hacerse cargo del estudio jurídico que había heredado. Ella sabía todo acerca del negocio, y lo ayudaba a mantener relaciones cordiales con sus subordinados. Incluso, más de una vez había mediado con ellos, o con algún cliente que olvidaba pagar los honorarios. ¡Y es que ese era todo otro tema en el trabajo! En épocas de crisis como las que vivía el país, llevaba tanto tiempo y esfuerzo ganar un caso, como cobrarlo. La mayoría de sus representados pretendía que el estudio estuviera disponible para socorrerlo a cualquier hora del día y de la noche, y que luego se sentara pacientemente a esperar el momento que el cliente considerara oportuno para el pago, (es decir, nunca).

Y así como Nicolás era reconocido por todos como un abogado brillante, la faz administrativa del estudio era algo que aborrecía. No servía para los números, o el tironeo de

los cobros. En cambio su amante era maravillosa para eso. Más maravillosa para eso que como amante, si tenía que ser franco.

Su relación había comenzado varios años atrás, cuando los dos eran empleados del estudio Uriburu. Un romance de oficina, con los riesgos que eso implicaba, pero nada más. Pero cuando él conoció a Victoria, las cosas comenzaron lentamente a cambiar entre los dos. Su amiga tenía la extraña virtud de enfrentarlo a sus propios sentimientos, y eso lo había obligado a replantear muchas cosas que no estaban funcionando en su vida. Y Agustina era una de esas cosas. Por eso la había dejado ir. Pero luego sobrevino aquello de enterarse de que era hijo natural de Uriburu. Y la muerte del viejo. Y volverse un hombre rico, con demasiadas responsabilidades. Y...

Fueron muchas cosas, todas juntas, que sólo habían servido para desbarajustar una relación que nunca había existido en la realidad, más allá de la piel de los dos.

En esta nueva etapa, su amante se volvía cada vez más posesiva e insoportable. O era él, el que comenzaba a necesitar algo más... Algo distinto. Algo como lo que Victoria tenía con Cohen. Algo como lo que Victoria era capaz de dar a un hombre. Algo como...

Algo como Victoria.

—¿En que piensas?

La figura longilínea de Agustina lo cubría ahora con su sombra.

Nicolás se ruborizó. Era muy malo estar enamorado de la mejor amiga, sobre todo si esa mejor amiga estaba felizmente casada, y sólo tenía ojos para su marido. Sí, era pésimo. Pero no porque fuera inmoral, sino simplemente porque era estúpido. Sólo se conseguía sufrir. Y él, desde el mismo día de su nacimiento, ya había acumulado tanta experiencia en aquello de sufrir, que...

—¿No me contestas? —insistió la muchacha, con voz seductora, mientras se apoyaba en la barra.

Agustina estaba espléndida. Y no sólo porque era una mujer hermosa, sino porque aquella noche en particular había puesto todo su empeño para estarlo. Llevaba una faldita cortísima, y una blusa abierta que dejaba ver buena parte de su escote. Sus pechos se juntaban en una línea profunda, que llamaba la atención de todos los varones presentes. De todos, excepto de Nicolás, que le brindó el mas ácido de los recibimientos:

—¿Se puede saber quién te ha autorizado a gastar diez mil pesos en mi tarjeta?

—¿Has estado revisando el resumen de cuenta? —le preguntó ella, sin amedrentarse.

—¿Esperabas que no notara semejante gasto?

—¿Acaso alguna vez lo haces?

—¿Cómo? ¿Entonces no es la primera vez que gastas sin mi autorización?

Demasiadas preguntas. Y cuando sólo se hacen preguntas, es que no hay nadie interesado en escuchar las respuestas.

Agustina comenzó a llorar. O a hacer algo parecido a una mueca de llanto. Sabía que su novio era muy sensible a las lágrimas de una mujer, y si algo había aprendido luego de tantos años, era a aprovecharse de esa debilidad que Nicolás tenía por el sexo opuesto.

—Vamos, no es para tanto —aflojó él— No es el dinero lo que me interesa...

—¡No era para mí!... Era una sorpresa para ti. Un fin de semana en un "Spa" de Punta del Este.

—¿Y quién te dijo que yo quería...

—Nuestra pareja necesita mayor intimidad. Últimamente sólo nos vemos en el trabajo.

—¿Cómo? ¿Entonces era para los dos? ¿No dijiste antes que habías gastado el dinero en algo para mí?

—¡Claro! Para nuestra pareja... Además..., pensaba que podíamos festejar —agregó, mientras, olvidando el llanto, lo acariciaba con sensualidad.

—¿Festejar?

—Hace ya tres meses que estoy tomando anticonceptivos orales... Es hora de que dejemos en el cajón esos horrendos preservativos que tú usas.

—No me molesta hacerlo. Jamás he tenido relaciones sin condón, y no veo motivo para dejar de usarlos ahora.

—No seas tonto. Se disfruta mucho más si...

—No pienso dejar de usarlos —la interrumpió con determinación—. Mira, si tú quieres tomar anticonceptivos, me parece perfecto. Después de todo, ni tú ni yo somos exclusivos, pero...

—¿Acaso te estás acostando con alguien más? —se enfureció Agustina.

—No. Pero que no lo haga, no quiere decir que no pueda hacerlo. Conoces los alcances de nuestro trato. Sexo, sin compromiso.

—¿Y si yo te dijera que me acuesto con otro?

—No quiero que me lo digas, ni quiero tener que preguntártelo. Por eso voy a seguir usando condón, a pesar de tus anticonceptivos.

Agustina lo observó con ojos centelleantes, pero no le respondió. Se sentía amargada. Odiaba a ese hombre, tanto como alguna vez lo había amado.

Y así, por odio, y no por amor, se juró a sí misma que, fuera como fuera, no iba a parar hasta tener un hijo de Nicolás Expósito, el hombre que tan justamente aborrecía.

* * *

Carolina bajó del elevador y comenzó a caminar por el largo pasillo descascarado. Ya eran las diez de la noche, y se sentía desfallecer.

Con los ojos cerrados por el cansancio trató de meter la llave que tenía en la mano, para abrir la puerta de su casa, pero le fue imposible. Abrió los ojos sorprendida, y se encontró con un manchón de masilla, allí donde solía estar su cerradura. Más arriba, había una nueva.

¿Se habría confundido de piso?

Miró a su alrededor tratando de ubicarse, pero no. Ese era su piso. Allí estaban las hortensias de la señora del departamento B, y el signo del ying y el yang del señor del A.

Por su mente pasó lo peor. Había escuchado muchas historias sobre las "casas tomadas". Uno se iba, y como si tal cosa, entraba gente en su hogar. Desalojarlos llevaba años y mucho dinero. Era un negocio montado entre ladrones, policías, mafiosos, políticos y toda otra mala hierba que pululaba en el país, al amparo de la crisis y la falta de dinero.

Espantada corrió hasta la puerta del encargado del edificio. Sabía que era casi imposible que la atendiera fuera de su horario laboral, pero estaba tan desesperada, que hizo el intento.

—¡Se han metido en mi casa! —le gritó al verlo aparecer por el ventanuco lateral, luego de haber tocado su timbre por más de veinte minutos.

—Ya lo sé. Vinieron esta mañana con el cerrajero.

—¿Y lo dice tan tranquilo?... ¿No ha hecho la denuncia?

—¿Qué denuncia?... La mujer tenía todos los papeles...

Carolina empalideció.

—¿Qué papeles?

—Algo de los herederos. La señora es la madre del señor Tommy, y dice que el departamento es ahora suyo.

La pobre muchacha no esperó más. Con horror corrió hasta su casa, y tocó su propio timbre sin parar, hasta que una dama desarreglada y un tipo funesto salieron a abrirle.

—¿Quién eres tú? —preguntó aquella mujerona, descalza, con una bata que apenas la cubría, con su cabello desarreglado, y un cigarrillo en la boca.

—Yo soy Carolina, la mujer de Tommy. Y esta es mi casa.

—¿La mujer de Tommy? ¿Se casaron?

—No, pero...

—Entonces esta es la casa de mi hijo, y como él murió, ahora es mi casa.

—Vivíamos juntos. Yo pagué casi todas las cuotas de...

—La casa está a nombre de mi hijo, y a mi no me figura que tú seas nadie.

—Él la había comprado antes de conocerme, pero enseguida perdió el trabajo, y fui yo la que seguí pagando.

—Esta es la casa de mi hijo, y el juez de la sucesión...

—¿Juez de la sucesión?

—Sí. Iniciamos la sucesión en Entre Ríos. Se publicaron edictos. Tendrías que haberte presentado.

—¿No tuvo un momento libre para venir cuando su hijo agonizaba; no pudo llegar a su funeral; y, sin embargo, encontró el tiempo suficiente como para iniciar la sucesión?

—Sí. Y se publicaron edictos. Ahora el juez ha resuelto. El departamento es mío.

—Pero si yo he pagado...

—¿Tienes algún papel?

—No, pero...

—Entonces, esta es la casa de mi hijo, y como él murió, ahora es mi casa. Y no lo digo yo. Lo dice el juez.

Carolina sintió que el mundo entero comenzaba a girar, y que las piernas le fallaban. Aquella mujer nefasta la miraba con el mismo gesto presuntuoso que ella había visto y odiado tantas veces en Tommy.

—Al menos déjeme sacar mis cosas...

—Esta es la casa de mi hijo, y como él murió, ahora es mi casa. No me consta que haya cosas tuyas aquí, y no pienso dejarte entrar.

—Pero está mi ropa. A usted no va a servirle mi ropa. Y las fotos de mi madre. Y...

—Lo lamento —dijo la mujer, mientras azotaba la puerta en su cara.

Y allí se quedó Carolina, sola en aquel pasillo en que tantas veces había llorado sola. Ni casada, ni viuda, ni soltera... Nadie. Sólo una estúpida mujer de treinta y dos años, que no había comenzado a aparecer, cuando ya era invisible para todos los demás.

* * *

Inspiró hondo, y volvió a mirarse en el espejo. ¡Ahora sí! Ahora su prominente abdomen, que solía flotar más allá del pantalón del pijama, se veía tenso, devolviéndole a su cuerpo la apariencia que había tenido muchos años atrás. Claro que si además de verse bien, pretendía respirar...

Honorio soltó el aire y volvió a contemplar su imagen. No sólo era aquella "panza" indecorosa. También estaba su pelo ondeado, que, impudicamente, comenzaba a ralear. Eso sí, gracias a Dios, canas no tenía. Y es que, a pesar de

sus cuarenta y pico... (¡bah!, cincuenta), no había perdido su "sex appeal". Quizás por eso en su antiguo edificio, salvo con la madre de la encargada, se había terminado acostando con todas. En cambio ahora, confinado en aquella casa por Mónica, su desconfiada esposa, poco a poco comenzaban a atrofiarse sus instintos de depredador. La propiedad de su difunta suegra podía ser espaciosa y elegante, pero era una casa. Los vecinos, (y, lo más importante, sus mujeres e hijas), estaban muy lejos. No había posibilidad de miradas furtivas en el elevador, ni de caricias equívocas, ni de...

Honorio Pueyrredón suspiró.

Desde su cesantía, su vida se había convertido en aburrida e insignificante. Pero el país estaba en crisis, y los únicos trabajos que le ofrecían eran también aburridos o insignificantes. Y mejor se olvidaba de volver a pisar la inmobiliaria de su esposa. Luego de la escenita que le había montado el marido de una cliente, Mónica le tenía la entrada prohibida allí.

Sí, luego de tantos años de correrías, por primera vez Honorio se sentía miserable. Antes siempre se las había ingeniado para sacar ventaja. Ya desde niño había hecho creer a todos que era pariente del prócer, y que en su honor llevaba tan ilustre nombre, (cosa que, mirándolo bien, no era del todo falsa, ya que su madre, una pobre muchacha, se había inspirado en el cartel de la calle en que lo había parido para bautizarlo).

Gracias a ese nombre prestado había podido codearse con gente de la sociedad. Y así, frecuentando círculos que de haberse llamado Cholo, como su abuelo, le hubieran estado vedados, había terminado conquistando a la hija de una mujer de cierta alcurnia y bastante dinero. Un dinero que se había ido diluyendo con los años, y que ahora no alcanzaba ni siquiera para pagar las cuentas. Al ritmo del empobrecimiento familiar, sus conquistas extramaritales habían descendido desde lujosos fines de semana en hoteles de Punta del Este, a modestas escapadas a Mar del Plata, para acabar, luego de la crisis y la muerte de su suegra, en discretas tardes pasadas en hoteles de mala muerte. Pero ahora no había dinero para aventuras. Y sin dinero, también las mujeres comenzaban a escasear. Sólo quedaba Mónica, su esposa, (nada fea, por cierto, aunque... ¡vamos!, era su mujer... ¿A qué hombre le interesa la mujer propia?), y ahora, como caída del cielo, se incorporaba a su pequeño harem su querida cuñadita. Linda muchacha. Hermosa muchacha. Las piernas un poco gordas, para ser sincero. Pero, en contraste, un culo perfecto. Siempre le había gustado mucho Carolina, y desde el mismo momento en que la había conocido, (cuándo ella tenía trece y él más de treinta), la había querido conquistar. Pero la niña... ¡nada! La muy desgraciada se empeñaba en ignorarlo. La muchacha era inocente, pero no idiota. Luego había llegado ese Tommy, un mal nacido aprovechado, que jamás había hablado de casamiento. ¿Acaso no era por esa renuencia que su suegra lo había considerado siempre a él, Honorio, como su yerno favorito?

Lo cierto era que ahora su cuñadita se había mudado junto a ellos, desesperada. Desesperada porque había perdido su casa, y desesperada porque no tenía hombre que la calentara. Se notaba en su cara. La pobre necesitaba un buen revolcón. Y él era muy capaz de complacerla, (a ella, y a muchas más).

Después de todo, si la muchacha requería un poco de afecto, ¡qué mejor que buscarlo en la propia casa! Así, todo quedaba en familia.

Claro que muchas veces antes lo había rechazado. Pero eso era antes. Ahora... Ahora llegaba su turno.

Después de todo, la pequeña Carolina era una mujer desesperada.

* * *

—Pito.

—No, pito no. Pitito.

—No. Pito.

—Los papás tienen pito, los nenes tenemos pitito.

—No... —aclaró el pequeño Nacho, mientras golpeaba las cabezas de sus confundidos compañeritos—... los nenes tenemos pitulín.

—No, no es cierto. El pitulín se llama pene —pontificó Malena, y todos los varones se echaron sobre ella, poco dispuestos a soportar las boberías femeninas.

—¡No es cierto!

—Tú no sabes nada —reclamó Nacho— porque tú tienes cachucha...

La pequeña Malena, una feminista en potencia a pesar de su corta edad, no se dejó intimidar, y, lista para defender sus ideas, le enrostró un sonoro golpe al poco desarrollado Nachito. En venganza él la tomó por sus rizos dorados, y ni la voz de su "seño" lo convenció de soltarla.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Carolina, mientras terciaba en la eterna batalla de los sexos.

—¿No es cierto... no es cierto que los nenes tienen pene, y las nenas tenemos vagina? —preguntó Malena, con un tono doctoral que ya anticipaba la respuesta, mientras se sobaba la cabeza adolorida.

Carolina suspiró. Lamentablemente sus alumnos habían elegido el día del "paseo a la plaza" para entablar la típica disputa de "salita de tres". Y es que a esa edad, (entre dos y tres años), los niños necesitaban identificarse sexualmente, (y luego a los diez, a los veinte, a los treinta, a los cuarenta...)

—¿No es cierto? —insistió Malena.

—Sí —respondió la maestra con aquella sonrisa espléndida que solía lucir cuando tenía un niño delante.

—¡No! El pito se llama pitulín, y no pene —se enojó Nacho, dispuesto a continuar dando pelea, aun cuando esta vez tuviera que dejar calva también a la "seño".

Sus palabras crearon una nueva conmoción, pero Carolina no se inmutó. Por el contrario, asió con fuerza a su belicoso alumno y preguntó a los demás:

—¿Cómo se llama él?

Los niños contestaron felices de saber con certeza la respuesta.

—¡Nacho! —gritaron al unísono, espantando a las palomas que estaban alrededor, y que se habían acercado a comer de las galletas que ellos desperdigaban por el pavimento.

—¿Cómo te llamas, Nacho?

—Ignacio Fernando Santillán —contestó el aludido con orgullo.

—¿Entonces cómo se llama él? ¿Nacho o Ignacio?

—Mi abuelita me dice Ignacio cuando se enoja —aclaró el niño, y con una voz grave y arrugando el ceño, parodió: —Dice: Ignacio, deja de hacerte el tonto o se lo digo a tu papá.

Carolina sonrió por la imitación marcial de su alumno. Conocía a la abuela, y el niño no exageraba.

—A Nacho, como lo queremos, lo llamamos así —aclaró a los niños que la rodeaban—. Si lo queremos más, le decimos Nachito o Nachín. Y cuando nos ponemos serios lo llamamos Ignacio. De la misma forma, al pene lo podemos llamar pito o pitulín, de cariño. No está mal. Pero si nos ponemos serios le decimos pene.

—¿Tú tienes pene? —preguntó Lucía, mientras se ponía dos dedos en la boca.

—No, yo tengo vagina, como tú.

—¿Y tienes culo?

—¡Dijo culo! —se rieron los demás de la ocurrencia de Carlín.

—¿De qué se ríen? —se sorprendió Carolina.

—Dijo una mala palabra. Dijo culo.

—¿Recuerdan lo que les expliqué? No hay malas palabras. Sólo palabras más feas que otras, y que elegimos no decir, para no molestar a nadie. Pero ya que lo preguntas: sí Carlín, yo tengo culo, como todos los demás.

—Mi mamá dice que mi papá siempre se la quiere meter por el culo —explicó Carlín con un tono calmado y monocorde, como si estuviera recitando el pronóstico del tiempo escuchado por la mañana.

—Y mi mamá podía sacar un conejo de su sombrero de paseo —replicó Carolina sin inmutarse, y como si una cosa fuera la consecuencia lógica de la otra.

Estaba preparada para ese tipo de “confesiones”. Los padres tenían la pésima costumbre de hablar delante de los chicos como si no existieran, y luego ellos usaban el jardín como caja de resonancia. No era algo menor para Carolina. Ella siempre los escuchaba con preocupación. Porque si bien los niños no podían descifrar el significado de las palabras, sí entendían claramente los sentimientos que ellas escondían. Por eso las repetían en el aula, para que la "seño" se las explicara. Y una vez más Carolina iba a hacerlo, pero no allí. No con todos los demás. Por fortuna los niños eran fáciles de distraer, y un conejo era mucho más atrayente que algo que se metía por el culo. Pero los padres, en cambio... Los padres siempre prestaban especial atención a aquellos temas, y luego llegaban en aluvión las críticas. Algunos creían que su hijo perdía la inocencia por conocer el verdadero nombre de las cosas, y otros, por el contrario, la acusaban de retrógrada si no hablaba como una enciclopedia. Incluso los menos interesados en la educación de sus hijos tenían algo que decir cuando la educación se la daba otro... Un tema difícil... En cuanto a lo de Carlín, y el culo de su mamá..., tendría que hablar con la señora. Y es que la única forma de educar a los niños era escuchando a los padres...

Cuando el cuento del conejo en el sombrero se acabó, los pequeños continuaron con aquello que habían ido a hacer: correr a las palomas.

Carolina los observó con satisfacción. Ahora que se había mudado con su hermana, y que su cuñado Honorio se empeñaba en acosarla, aquellos momentos pasados con sus alumnos era lo único que le daba sentido a su vida.

Por un instante desvió la mirada hacia la gente que pasaba en su camino apurado hacia el Palacio de Tribunales.

Y entonces echó a correr.

* * *

“¡Y cómo si fuera poco, las palomas!”, refunfuñó en su interior Nicolás.

Aquella mañana primaveral estrenaba el traje claro de lino italiano que le había regalado Agustina. Que le había regalado echando mano, (otra vez), a su tarjeta de crédito, que la maldita se empeñaba en usar como propia.

Luego de la pelea por los diez mil pesos gastados en una semana de "Spa" para los dos, y que se terminó cancelando, ella, que había aceptado mansamente sus gritos, se vengó gastando otros diez mil, pero esta vez en "regalos" para él: aquel ridículo traje claro, zapatos, sweaters, camisas, y hasta objetos tan personales como calcetines o boxers. Con eso, sin decir palabra, había

dejado aclarado su punto: ella excedía su rol de amante sólo porque a él le hacía falta alguien que velara por sus necesidades. Y Agustina, que lo amaba con desinterés, estaba dispuesta a cumplir ese rol. Un rol que iba más allá del sexo y la cama. Un rol que excedía sus tareas de secretaria ejecutiva. El rol de una esposa.

"¡Tonterías!", como decían en casa de su madre.

Sí, era cierto, él no estaba acostumbrado a comprar sus cosas, (de pequeño no las tenía, y luego, de adolescente, en casa de los Ferrari, la ropa aparecía mágicamente en sus cajones). Y también era cierto que, ahora que vivía solo, sus calcetines y sus boxers tenían algunos agujeros. Pero no, no necesitaba una esposa. Un mayordomo, quizás, pero no una esposa. Alguien que se ocupara de sus necesidades, pero no una sombra que lo obligara a hacer aquello que no quería. Y él no quería usar ese ridículo traje claro, que había costado más de tres mil pesos.

Varias veces ella había introducido el tema, y varias veces él le había aclarado que no le gustaban los trajes que se manchaban o arrugaban con facilidad, ya que odiaba llegar al final de las catorce horas que transcurría en el estudio, hecho un despojo. Varias veces lo había dicho, ¿y cuál había sido la respuesta de Agustina?: comprar, sin su consentimiento, aquel maldito traje. Y llorar como una Magdalena para extorsionarlo y lograr su objetivo. ¿O acaso no eran las lágrimas de su novia las que lo habían obligado a vestirse así aquella mañana?... Y allí estaba él, disfrazado de "heladero", cruzando la plaza de los

Tribunales, esquivando baldosas flojas cargadas de agua sucia, y huyendo de las palomas que un grupo de horribles monstruitos de guardapolvo celeste se empeñaba en espantar... ¡También! Las maestras no tenían mejor idea que sacarse de encima a los niños paseándolos por allí, adonde la gente ocupada tenía que circular, mientras ellas se dedicaban a tomar sol y a chismorrear, sin hacer nada.

¡Otra bandada de palomas!

Encerrarlos... Eso es lo que habría que hacer con los niños. Encerrarlos hasta que cumplieran...

Nicolás se detuvo confundido. Algo se había enredado entre sus piernas. Algo sucio y pegajoso estaba manchando su, (hasta allí), impoluto pantalón. Algo...

—¿Se te ha perdido esto? —preguntó de mal modo a la joven que llegaba agitada hasta él, mientras con asco sostenía a un muchachito rubio, con mocos colgando, y manos pringosas. Para su desgracia, el niño no corría ningún riesgo de perderse, aferrado como estaba a una de sus piernas.

—Perdón... No sé como ha podido... —comenzó a disculparse la muchacha con evidente congoja, mientras se abalanzaba sobre el niño, que se negaba a soltar su presa.

Nicolás la miró con su peor cara de odio y reproche, y debió ser terrible, porque la joven maestra, al observarlo, agachó de inmediato la cabeza, con un gesto de vergüenza (¡Curioso! El mismo gesto que él solía hacer cuando una

situación lo excedía). Y bastó verla así para que de inmediato se arrepintiera por ser tan duro.

Por un momento la joven forcejeó con el niño, que se resistía a soltar el níveo pantalón, (estaba claro que el chico, como Agustina, sabía apreciar un buen lino italiano. O quizás, simplemente, lo había confundido con un pañuelo gigante, que buena falta le hacía).

Cuando por fin logró soltarlo, y el fugitivo corrió para reunirse con el resto de sus compañeritos, (que lo miraban a la distancia, asidos a una cuerda llevada por otra maestra), la muchacha contempló el daño con un espanto indisimulable.

—Perdón, perdón, perdón... Lo ha manchado... —comentó horrorizada, mientras se agachaba frente a Nicolás, intentando vanamente borrar las huellas digitales de su alumno, marcadas en el pantalón.

El joven abogado sintió que la sangre afluía a sus mejillas. Arrodillada frente a él, era como si aquella mujer le estuviera brindando una buena sesión de sexo oral en medio de la plaza.

—Por favor —suplicó, horrorizado, mientras la ayudaba a ponerse de pie. —Deja. El problema no es el niño, sino este ridículo traje claro... Deja, por favor...

—Quizás con agua... —trató de disculparse ella, segura de que la mancha iba a resistir aún a la mejor tintorería.

Por un instante sus miradas se cruzaron. La joven enrojeció, y sin agregar palabra, corrió junto a las pequeñas fieras que la estaban aguardando para seguir su camino.

Nicolás la observó alejarse. Hermoso culo. Pero había algo más... Morena, encantadora, con aquellas largas trenzas negras, la muchacha se veía... dulce.

La siguió un poco más con la mirada, parado en medio del gentío.

Sí. Era encantador ver la ternura con la que lidiaba con aquellos monstruos.

—¡Ay!

Una turista de gigantescas proporciones acababa de derramar parte del vaso de gaseosa que llevaba en la mano sobre el saco de Nicolás. La dama en cuestión musitó algo parecido a una excusa, (¿qué idioma era ese?), y se apuró a seguir su camino.

Humillado en su amor propio, sucio y mojado, Nico buscó nuevamente a la maestra con la mirada. Pero ya se había ido. Afortunada de ella, que tenía una vida fácil. Apenas lidiar con aquellos monstruos, y sonreír. Tomar sol en la plaza cada mañana. Levantarse todos los días al resguardo de lo previsible. Él, en cambio...

No sólo se sentía miserable... Además llevaba un traje claro.

¡El tipo del banco!....

Con tanta gente en el mundo, justo Nacho tenía que elegir al tipo del banco para estamparle sus huellas digitales. ¿Cómo se llamaba?... No podía recordarlo. Pero así, frente a frente se veía increíble. Se sentía increíble... Por eso se había puesto a temblar como una idiota cuando él la había tomado entre sus brazos para ayudarla a levantarse. Y ahora que lo pensaba, debía haberse visto estúpida arrodillada frente a él, frotando su entrepierna. ¿Había alguna forma peor de humillación?

¿Por qué era tan torpe con los hombres? Decididamente lo suyo no era la conquista rápida. En realidad, lo suyo no era la conquista, y punto. Tenía demasiado sentido crítico, y no estaba acostumbrada a mentirse a sí misma. Un hombre como aquel era mucho para ella. Quizás si sus piernas no hubieran sido tan gordas, o con cinco años menos. O si hubiera tenido un buen empleo. O si su vida fuera más interesante...

Suspiró.

—¿Mal de amores?

Carolina se dio la vuelta. Su cuñado la observaba desde la entrada a la cocina, con el torso desnudo, y una mirada lasciva que desentonaba con su vientre prominente de señor mayor.

—¿Todavía levantado, Honorio? Ya son las diez de la noche, y un desempleado como tú hace rato que debería haberse acostado.

—Ahora que te ocupas de los quehaceres domésticos, Mónica se empeña en venir al dormitorio temprano. Y te puedo asegurar que cuando tu hermana entra al cuarto, se me van las ganas de estar en la cama.

—Tú te lo pierdes, Honorio. Mónica es una mujer espléndida. Demasiado para ti, si me lo preguntas.

—Pero a mí me gusta la carne joven... —respondió el otro con una asquerosa sonrisa en la boca, mientras, alargando la mano hasta lo inimaginable, le daba una inesperada nalgada a su joven cuñada.

—¡Saca tu pezuña de mí, imbécil! Estoy aquí por necesidad, pero es mi casa, y es mi hermana. Si vuelves a molestarme como ayer, voy a hablar con Mónica.

—Habla si quieres. Lo único que vas a ganar es que te eche. Tu hermana está loca por mí. ¿Sabes por qué? Porque soy el mejor en la cama. La hago gritar como una perra cuando le hago el amor. ¿Quieres probar?

Honorio la tomó entre sus brazos con violencia. Carolina volvió a alejarse con asco, a la vez que tomaba el cuchillo que acababa de lavar, y lo agitaba en forma amenazadora.

—Si insistes en molestarme, esto va a acabar en tragedia.

—Vamos, estúpida, no tienes mucho de donde elegir. Ya estás viejita como para conquistar galanes. Viejita y excedida de peso. Acostándome contigo te haría un favor. Necesitas un buen macho para que te sobe las...

Honorio no pudo acabar la frase. La figura somnolienta de su mujer asomaba por la puerta de la cocina.

—¿Estamos de fiesta? —preguntó—. Y tú, hermanita, ¿piensas matar a alguien con ese cuchillo en la mano?

Carolina agachó la cabeza, avergonzada, y se apuró a dejar el cuchillo en su sitio. Sí, como siguieran las cosas así, iba a terminar matando a alguien. El idiota de Honorio se empeñaba en perseguirla. Durante el día se sentía infeliz, y durante la noche, acosada.

La suya era una vida perfecta...

Por un instante recordó al tipo del banco. ¡Esa era una buena vida!... Una vida donde no se pagaban intereses, sino que se percibían. Una vida ante la cual todos se agachaban serviles...

—¿Se puede saber que hacían aquí ustedes dos solos? —preguntó Mónica con una mezcla de suspicacia y enojo.

—Estaba limpiando la cocina, cuando tu marido apareció de la nada.

—¿Por qué te levantaste Honorio?

—Escuché ruidos, y pensé que podía ser la rata que anda por ahí.

—¿Viste alguna rata, hermanita? —preguntó Mónica con horror.

—Sí. Pero no te preocupes. Si vuelve a aparecer voy a matarla con mis propias manos —respondió, clavando la mirada en su cuñado.

Honorio se limitó a sonreír. Después de todo, tenía llaves de cada rincón de la casa. No había lugar adonde Carolina se pudiera ocultar.

Era cuestión de esperar la oportunidad.

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite y suscríbase a nuestro grupo de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Una novela romántica diferente.